



FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES

**CLIMA FAMILIAR CON HIJOS ADOLESCENTES:
INFLUENCIA DE LOS ESTILOS DE COMUNICACIÓN Y
COMPETENCIA PARENTAL**

Autor: Belén del Río Mc Bride

Director Profesional: Vanesa Lara López Agrelo

Tutor Metodológico: Mónica Terrazo Felipe

Madrid

Mayo 2019

Belén
Del Río
Mc Bride

**CLIMA FAMILIAR CON HIJOS ADOLESCENTES: INFLUENCIA DE LOS ESTILOS
DE COMUNICACIÓN Y COMPETENCIA PARENTAL**



Resumen

El objetivo de este estudio fue analizar la influencia del estilo de comunicación empleado en el subsistema parental, así como la competencia parental percibida, sobre el clima familiar en familias con hijos adolescentes. Para ello, se contó con una muestra compuesta por 60 sujetos de ambos sexos, todos ellos padres de hijos de entre 12 y 18 años, que respondieron a un cuestionario sociodemográfico y a las escalas: *Cuestionario de Aserción en la Pareja (ASPA)*, *Evaluación de la Competencia Parental Percibida (E CPP)* y *Escala de Clima Social Familiar (FES)*. Para analizar las relaciones y las diferencias entre grupos, se realizaron las pruebas estadísticas U de Mann-Whitney, correlación de Spearman, correlación de Pearson y Ji cuadrado. Los resultados obtenidos señalaron relación entre los estilos de comunicación no asertivos con las variables de la dimensión de relaciones del clima familiar *cohesión* y *expresividad emocional*, pero no con la variable *conflicto*. No se establece una relación entre el estilo de comunicación asertivo y el clima familiar. Por otro lado, se encontró relación entre la competencia parental y la variable *cohesión* del clima familiar.

Palabras clave: Clima familiar, estilos de comunicación, competencia parental

Abstract

The aim of this research was to study the influence parent communication styles and parental sense of competence have over the family environment in families with adolescent children. In order to achieve this, a sample of 60 subjects of both sexes, all of them parents of children aged between 12 and 18, completed a sociodemographic questionnaire and the scales: *Couple Assertion Questionnaire*, *Perceived Parental Competence Evaluation and Family Social Climate*. To analyze the relation and differences between groups, Mann-Whitney U, Spearman correlation, Pearson correlation and Chi square statistical tests were performed. Results indicated the existence of a relation between the non-assertive communication styles with the variables within the relation dimension of family climate: *cohesion* and *emotional expression*, but no relation was established with *conflict* variable for these variables. However, relation between assertive communication and family climate could not be established. Furthermore, relation was found between parental competence and *cohesion* variable in family climate.

Key words: Family climate, communication styles, parental competence

El sistema familiar es un sistema que se mueve a través de pautas transaccionales, entre las cuales se incluye la manera de relacionarse, así como el cuándo y con quién, ajustándose a las expectativas de los miembros del sistema en función del grado de cohesión que existe entre los mismos (Minuchin, 1989).

Este sistema se debe cuidar, al ser su función primordial la de promover el desarrollo óptimo de todos los individuos que lo constituyan, en especial el de los hijos. Para lograr este desarrollo, en el contexto familiar deben darse una serie de características. Primero, debe existir una buena comunicación entre los miembros de la familia. En segundo lugar, es necesario que en el subsistema parental exista un consenso en relación a los valores que están en la base de la familia. En tercer lugar, las relaciones deben perseverar mediante la constancia en las interacciones. Finalmente, debe estar presente el componente afectivo. Se entiende que, bajo estas circunstancias, el clima familiar será favorable y esto facilitará el desarrollo óptimo de todos sus miembros (Rodríguez, Herrera, Quiles y Álvarez, 2008).

El desarrollo de un rol dentro del sistema familiar, marca un impacto significativo en el proceso de alcanzar la necesidad humana básica de pertenencia y de tener un lugar importante en la familia, en el trabajo y en la comunidad (Baumeister y Leary, 1995). Los rasgos de personalidad reflejan las características fundamentales y duraderas de dicho rol una vez que se desarrollan en el núcleo familiar (Campbell, White y Stewart, 2001).

La importancia de la familia como agente en el proceso de socialización del hijo es indiscutible. Es su primer contexto de socialización, en el cual se adquieren reglas de comportamiento para convivir y es esencial para su adaptación personal, social y escolar. Por lo tanto, determinar las variables familiares nos permitirá estudiar en mayor profundidad las consecuencias de esta influencia (Garaigordobil y Machimbarrena, 2017).

El papel que tiene la familia en el desarrollo de sus miembros, por tanto, nos lleva a considerar variables que puedan influir sobre la convivencia en el sistema y el clima existente dentro del mismo. Por este motivo, el siguiente estudio hace un repaso sobre los estilos de comunicación empleados en el subsistema parental y la competencia parental que perciben sus individuos, de cara a explorar maneras de mejorar el clima familiar.

Clima familiar

El clima familiar es definido como el ambiente que se percibe e interpreta por parte de los miembros de una familia que forman una organización y que influye de manera significativa sobre

el comportamiento de los mismos (Martínez, 1996). Supone un conjunto de percepciones subjetivas y significados compartidos entre padres e hijos sobre aspectos diversos como el funcionamiento, la presencia de conflictos, la cohesión, la calidad de la comunicación o la capacidad de expresar las opiniones y emociones, entre otros (Musitu, Buelga, Lila y Cava, 2001).

En los últimos años, ha crecido el interés sobre el clima familiar por su impacto sobre el desarrollo de los hijos (Tur-Porcar, Mestre, Samper y Malonda, 2012). El contexto familiar es uno de los entornos primarios que ejercen mayor influencia en el aprendizaje de estos y, es a partir de lo que se les transmite de manera verbal y no verbal, más lo que aprenden a través de las relaciones, lo que les permite desarrollarse en diferentes ámbitos. El ambiente que se genera en el núcleo familiar, favorece el bienestar y proporciona a los individuos una estructura a su comportamiento y desarrollo (Isaza y Henao, 2012).

De esta manera, es relevante conocer la percepción que tiene un adolescente de su clima y funcionamiento familiar, para conocer su ajuste y funcionamiento en el ámbito social (Verdugo Lucero et al., 2014). Hoy en día, la familia es clave frente a las demandas que existen por parte de la sociedad y los medios de comunicación (Galicia, Sánchez y Robles, 2009).

Las familias que muestran un mayor repertorio de posibilidades para un desarrollo adecuado, son aquellas donde se establece una cohesión alta, se permite expresividad emocional y el conflicto aparece de manera moderada (Montiel-Nava, Montiel-Barbero y Peña, 2005). Estos factores, son los que muestran relación con todos los componentes que debe desarrollar el menor, descartando el factor de conflictividad. En el caso del último, si se presenta con frecuencia, perjudica provocando relaciones negativas en la interacción (Isaza y Henao, 2012).

La familia, por lo tanto, constituye uno de los sistemas más significativos para fomentar la calidad de vida, así como para favorecer la salud del individuo. De esta manera, es frecuente encontrarnos pacientes quienes traen un problema psicosocial a consulta, en el cual resulta estar implicado este sistema (López, Barrera, Cortés, Guines y Jaime, 2011). Estos autores, defienden cómo existe relación entre el funcionamiento familiar y la presencia de problemas emocionales o conductuales. Si el funcionamiento familiar se muestra alterado, bien por situaciones estresantes o bien por la presencia de un miembro identificado, es relevante asistir al sistema completo para intervenir sobre los aspectos individuales y sociales.

Según el modelo de Baldwin McMaster (citado en López et al., 2011), el objetivo es lograr el equilibrio de todos los miembros que forman el sistema, a medida que se van adaptando a etapas de ciclo vital y experimentan problemas que deben afrontar alcanzando soluciones efectivas. En

este sentido, se asigna una importancia significativa a la estabilidad y al funcionamiento adecuado del sistema familiar, en orden a alcanzar un desarrollo óptimo de los miembros de la familia.

En ocasiones, este objetivo se puede paralizar por la incapacidad por parte de la familia de modificar pautas de funcionamiento en momentos en los que esto es necesario, estableciéndose interacciones no adaptativas a las que pueden quedar anclados, impidiendo a su vez que se generen soluciones efectivas para poner fin a los conflictos (López et al., 2011). Además, según estos autores, si se mejora el funcionamiento familiar, se percibe una influencia sobre la inteligencia emocional de todos los miembros.

Como recoge la literatura, el clima familiar aporta al niño una fuente de interacciones a través de las cuales empezará a desarrollarse en el ámbito social, asimilando conocimientos, emociones y actitudes, que trasladará a otros contextos (Isaza y Henao, 2012). De esta manera, se está haciendo más hincapié en la intervención familiar para favorecer las relaciones intrafamiliares y regular la convivencia a través de normas e interacciones adecuadas (Tur-Porcar et al., 2012).

Entre las características en relación al clima familiar, cabe mencionar una dimensión necesaria para caracterizarlo. Este es el indicador de las características transaccionales y relacionales de los miembros de la familia, es decir, la cercanía o distancia y la existencia de conflictos, entre otros (Campbell, White y Stewart, 2001).

Por lo tanto, el clima familiar estimula y facilita el contexto en el que los niños comienzan a crear un lugar para sí mismos y es donde comienzan a desarrollar sus valores y referencias. Tanto las características del sistema familiar y las relaciones, como el nivel de cohesión o la cantidad de intercambio emocional, afectarán la forma en que estos niños manejen sus sentimientos en las situaciones que experimenten en otros contextos. Como base del contenido de la familia, estarán los intereses y valores. Así, los niños aprenden lo que es valioso y significativo para sus padres, y lo trasladan a su personalidad (Campbell, White y Stewart, 2001).

La investigación en relación a la calidad del clima familiar, tiene en común dar con todos los factores que pueden estar interfiriendo o bien mejorando la misma, debido a la repercusión que tiene sobre todos los miembros y cómo influye en su aprendizaje. Esto es, la calidad del ambiente familiar tiene una relación significativa con el ajuste personal e integral de los miembros, tanto a nivel conductual como emocional. Para evaluarlo, se está considerando el clima familiar a través del grado de cohesión, de expresividad emocional y de conflicto (Oliva, Parra y Sánchez, 2002). Además, el clima familiar está relacionado no solo con el desarrollo sino con la satisfacción vital

del hijo y desde aquí, se construyen valores, creencias y normas para la sociedad (Musitu y García, 2004).

Se pueden considerar tres dimensiones que forman parte del clima social familiar. Estas son la dimensión de desarrollo, la de estabilidad y la de relaciones (Isaza y Henao, 2012). Para el presente estudio, se destacará de entre las tres, la dimensión de relaciones, para ponerla en relación con las variables de asertividad y de competencia parental. Esta dimensión corresponde al grado de comunicación y expresión que se produce dentro del ámbito familiar y refiere el grado de interacción conflictiva que hay presente (Moos y Moos, 1981). Estos autores, coincidiendo con Oliva, Parra y Sánchez (2002), definen esta dimensión a partir de tres factores:

1. Cohesión

La cohesión se define como la medida en que los individuos de una familia se dan soporte mutuamente (Moos, Moos y Trickett, 1981). Olson (1999) utilizó el concepto de cohesión para desarrollar un modelo que integrase los conceptos de la terapia familiar que, a su vez, permitiese evaluar el funcionamiento familiar. Define cohesión como la capacidad del grupo para tomar decisiones y apoyarse mutuamente. Para entender el concepto, se tienen en cuenta los lazos emocionales que existen entre los miembros y el grado de autonomía individual que experimentan cada uno dentro del sistema. En otras palabras, es cómo la familia genera un balance entre separación y unión. Si se utilizan los extremos y hay un desequilibrio, resulta negativo para las relaciones a largo plazo. Por lo contrario, aquellos sistemas donde existe un balance, tienden a ser más funcionales.

De esta manera, dentro del funcionamiento familiar, se hace especial hincapié en la cohesión (López, Barrera, Cortés, Guines y Jaime, 2011). Como se menciona anteriormente, Minuchin (1989), considera que el equilibrio en el sistema familiar se logra haciendo un balance entre las expectativas y la cohesión que existe entre los individuos.

En aquellas situaciones donde en la familia se presenta un problema emocional o conductual, los pacientes perciben menos cohesión, derivando en que las interacciones producidas entre los miembros refuercen los sentimientos de soledad o incomprensión. Además, la necesidad de independencia provoca dificultades a la hora de enfrentar o experimentar relaciones sociales (López et al., 2011).

2. Expresividad emocional

La expresividad emocional explica el grado en que en la familia se permite expresar los sentimientos abiertamente (Moos, Moos y Trickett, 1981). La familia permite a sus miembros el desarrollo de habilidades sociales y emocionales movido por el ambiente familiar (Cuervo y Alcántar, 2010). Así, fomenta o dificulta el bienestar no solo a nivel familiar, sino individual, permitiendo dar una estructura al desarrollo personal (Isaza y Henao, 2011).

Para fomentar la comunicación de tipo afectivo, es bueno tener niveles adecuados de inteligencia emocional. Las habilidades emocionales relacionadas con la claridad y la reparación emocional, impactan sobre la comunicación afectiva y el estilo parental, los cuales trabajan como intermediarios frente al clima familiar, y resulta especialmente beneficioso para las relaciones positivas y el crecimiento personal (Romero, Guajardo, Guinea y Alegría, 2013).

La expresividad emocional, nos lleva a plantear que un padre con dicha capacidad, atenderá mejor las necesidades de su hijo, fomentando la auto-regulación y minimizando el estrés, canalizando emociones negativas como resultado (Páez, Fernández, Campos, Zubieta y Casullo, 2006). Así, las habilidades emocionales incrementarán en los hijos, ayudando a la disminución de conductas disruptivas (Jones, Eisenberg, Fabes y MacKinnon, 2002). A su vez, facilitará la creación de lazos emocionales más fortalecidos entre los miembros, aumentando las capacidades de adaptación y disminuyendo el conflicto (Romero et al., 2013).

El tono emocional de la familia y el clima de las relaciones que existen entre los padres y los hermanos, en conjunto, contribuyen al ambiente familiar. Este se ve afectado significativamente por la calidad de las relaciones establecidas entre los padres, así como por las formas en que implementan su sistema de valores (Campbell, White y Stewart, 2001). Además, la inestabilidad emocional en la familia funciona como predictor de agresividad, tanto en hijos como en hijas (Tur-Porcar et al., 2012).

Tradicionalmente, las mujeres responden a un estereotipo donde se considera que son más emocionales y que expresan sus sentimientos con facilidad. Se dice que son emocionalmente más expresivas que los varones, y que comprenden mejor las emociones (Grewal y Salovey, 2006). En este sentido, sería interesante conocer las diferencias que presentan ambos sexos en relación a la expresividad emocional dentro del clima familiar.

3. Conflicto

El conflicto intrafamiliar puede definirse como el desacuerdo entre los subsistemas sobre temas que conciernen a la convivencia y la vida en familia (Collins, Laursen, Mortensen, Luebker y Ferreira, 1997, citado en Ramos y Villalobos, 2009).

El conflicto es un factor que explica la medida en que se pueden expresar abiertamente emociones como el enfado o la agresividad (Moos, Moos y Trickett, 1989). El conflicto, cuando aparece entre los familiares, aumenta aspectos positivos como el desempeño social de los hijos y favorece el uso de habilidades asertivas (Isaza y Henao, 2012). Por lo tanto, el conflicto como tal no tiene por qué resultar únicamente negativo para la familia ni para el desarrollo de sus miembros. En ocasiones, las confrontaciones que surgen promueven la puesta en práctica de soluciones para lograr una reconciliación. Para ello, son necesarias habilidades comunicativas que promuevan la negociación (Ramos y Villalobos, 2009).

Si bien es cierto, se debe prestar atención a la frecuencia del conflicto y lograr que sea funcional. De lo contrario, si su presencia es inadecuada, resulta negativo, perjudicando a los miembros y provocando relaciones negativas en el sistema (Isaza y Henao, 2012).

En el momento de la adolescencia, gana protagonismo el conflicto entre los subsistemas parental y filial. Para disminuir el conflicto, es necesaria una dinámica familiar que posiblemente vaya aumentando con la madurez de los hijos (Parra y Oliva, 2002).

Estilos de comunicación en la pareja

La comunicación se define como el proceso de producción y emisión de información, pudiendo ser de manera verbal o no verbal, dando lugar al intercambio de significados y la interacción entre los miembros, con el objetivo de compartir estados, emociones, ideas u opiniones (Lujan y Acevedo, 2011).

La comunicación se considera necesaria para facilitar el movimiento entre la cohesión y la flexibilidad. La comunicación conyugal y familiar, se mide centrándose en la familia como un grupo respecto a sus habilidades de escucha en términos de empatía y atención, de expresión oral, de autorrevelación, en la medida en que se comparten sentimientos sobre uno mismo, y de la relación, claridad, continuidad y respeto, en relación a una comunicación afectiva y la habilidad de solución de problemas en pareja y en familia. Dentro de la expresión oral, se considera también

el hablar por uno mismo y no por los demás. Todas estas variables estarán fomentando el equilibrio de una familia (Olson, 1999).

Mediante el tipo de comunicación y el modelamiento que impera en la familia, se persigue lograr pautas de comportamiento, transmitidas a través del afecto y del control. Esto se instala en el proceso de desarrollo del niño y del cual obtendrá la acción socializadora (Cabrera, Guevara y Barrera, 2006). A través de esta acción comunicativa, los hijos perciben las intenciones de sus padres y desarrollarán un tipo de interpretación de la consistencia e inconsistencia, sobre la crianza de su padre y de su madre, teniendo como base su estado emocional (López y Vesga, 2009). Las teorías ecológicas enfatizan la asociación entre el hijo y elementos no solo del sistema familiar, sino de la relación marital de los padres (Eldik, Prinzie, Dekovic y de Haan, 2017).

Por este motivo, cabe destacar la importancia de la comunicación de cara a poder tener en cuenta las necesidades de todos los miembros y para negociar en los conflictos. Esta también será una manera de influir sobre la conducta social del hijo en otros ambientes (Jaramillo, Pérez y González, 2013).

En concreto, la comunicación en la pareja consistiría en un factor esencial para el manejo de conflictos siendo, por tanto, beneficioso tanto para la relación como para su estabilidad (Parra, Aragón, Méndez y Martínez, 2013). Ésta facilitaría la transmisión de determinados comportamientos de cara a organizar una relación, en temas relacionados a la toma de decisiones o a manejar situaciones conflictivas, evitando el deterioro de la misma (Luján y Acevedo, 2011).

No es únicamente relevante que la pareja se comunique, sino que es muy importante la forma en que se comunica (Lujan y Acevedo, 2011). El estilo empleado, instaurará una realidad en cada individuo, fijando la interacción, el afecto y el conocimiento sobre la propia relación. Si hablamos de una tendencia a estilos de comunicación positivos, vemos que ayudan a fortalecer el vínculo en la relación, así como el desarrollo personal y en pareja. Por lo contrario, en los estilos negativos habría una tendencia a los intereses propios, sin abrirse a la escucha o a las necesidades del otro (Sánchez Aragón y Díaz Loving, 2003).

Se plantean estilos de comunicación a partir de un modelo bidimensional, donde se parte de dos ejes dando lugar a cuatro estilos (Espetein y DeGiovanni, citado en Carrasco, 2013). Estos dos ejes son 1) la expresión manifiesta o directa frente a una expresión encubierta o indirecta, y 2) la coacción frente a la no coacción. En función de cómo se mueve la comunicación entre estos dos ejes, surgen cuatro estilos comunicativos, definidos por Carrasco (2013) como:

- Aserción (expresión manifiesta no coercitiva): facilita la expresión de emociones tanto de carácter positivo como negativo junto con opiniones personales, sin necesidad de recurrir a la coacción, amenaza o violencia.
- Agresión (expresión manifiesta coactiva): permite expresar directamente, pero recurriendo a la amenaza o violencia con el objetivo de que el otro miembro acepte las opiniones que se plantean.
- Sumisión (expresión encubierta no coactiva): no se expresan las opiniones propias, generando una tendencia a someterse a las opiniones del otro antes que a las de uno mismo.
- Agresión-pasiva (expresión encubierta coactiva): no se comparten opiniones o sentimientos, pero se recurre a la coacción indirecta para lograr la aceptación por parte del otro.

La asertividad, según Wolpe (citado en Mangione y Anglat, 2002), es la expresión adecuada de las opiniones o los sentimientos dentro de las relaciones sociales, pudiendo la persona opinar sin provocar ansiedad o recurrir a la agresividad. De esta manera, la persona asertiva puede transmitir sus derechos de manera efectiva, honesta y directa (Caballo, 2000). No obstante, no existirían tipos puros, sino que cada persona tendrá mayor o menor tendencia a un estilo que a otro (Mangione y Anglat, 2002).

Estas cuatro estrategias de comunicación mencionadas, las empleará cada miembro del subsistema parental cuando aparecen conflictos y servirán para analizar cómo es el afrontamiento de situaciones de convivencia marital y conocer el impacto sobre otras dimensiones. En el subsistema conyugal, es necesario el respeto interpersonal como clave para la relación y las habilidades sociales. Así, desde la asertividad, se fomenta la capacidad para atender los derechos de uno mismo y los del otro miembro de la pareja (Capafóns y Sosa, 2015).

Entender qué tipo de comunicación se emplea entre los padres, nos permite comprender el tratamiento a nivel conyugal y familiar. Resulta ser una información muy relevante ya que, la manera en que se hace frente a los problemas en el subsistema conyugal, facilita el conocimiento de las actitudes internas en la dinámica familiar (Bedregal y Sevillano, 2016). Además, la teoría defiende que existe conexión entre la relación parental y el desarrollo del niño en relación al tipo de comunicación que se emplea dentro del sistema familiar (Baumrind 1971, citado en López y Vesga, 2009).

Este respeto se puede plantear en las cuatro maneras diferentes de responder ante los conflictos mencionadas anteriormente. Cuando en una relación impera la asertividad, los miembros

transmiten seguridad, cuidado y comprensión, muestran la capacidad de escuchar y de expresar sus sentimientos. Permite que haya diálogo, respeto y empatía. Son muchos los beneficios que se obtienen de este tipo de comunicación, dotando de la capacidad para poner solución a los conflictos de la mejor manera posible y siendo un elemento esencial para lograr una relación estable y equilibrada, tanto conyugal como familiar (Capafóns y Sosa, 2015).

De esta manera, logrando una buena relación conyugal, estamos fomentando una relación que favorece el clima familiar, que a su vez influye sobre la interacción con los hijos. Cuando la interacción se basa en la asertividad, el hijo traslada a la relación con los demás mayor consideración y autocontrol, favoreciendo las relaciones sociales del contexto social. Por lo contrario, cuando los padres recurren a una manera más conflictiva de resolver los problemas, se manifiesta sobre el hijo como timidez y ansiedad frente a las situaciones de interacción social. Se considera, de esa manera, que es favorable para el desarrollo de todos los miembros de la familia una estrategia de comunicación asertiva (Capafóns y Sosa, 2015).

Hoy en día, la comunicación parece aumentar en el contexto familiar. Pero el conflicto sigue estando presente, especialmente en la adolescencia, produciendo distanciamiento entre los miembros de la familia. El origen de esta problemática, en algunas situaciones, empieza en la discrepancia sobre lo que cada padre espera del hijo (Parra y Oliva, 2002). Esto establece un puente entre la comunicación empleada en la relación conyugal y la competencia parental.

Competencia parental

La competencia parental es la capacidad práctica que poseen los padres para proteger y educar a sus hijos, cubriendo de manera apropiada sus necesidades, asegurando su desarrollo saludable (Garaigordobil y Machimbarrena, 2017). La competencia parental ha demostrado ser una característica que juega un rol central en el funcionamiento del hijo y de la familia (Jones y Prinz, 2005). La competencia parental percibida se traduce en la competencia autopercebida por parte de padres y madres de cara a afrontar la tarea de educar a sus hijos de manera eficiente y satisfactoria (Bayot y Hernández Viadel, 2008). En este sentido, en el presente trabajo, se considera la competencia parental percibida como mediador en el clima familiar.

Bayot y Hernández Viadel (2008), para dar un marco teórico a una evaluación que permitiese medir la competencia parental, hacen referencia a la definición de parentalidad de Houghughy (1997). Para este autor, los objetivos de la parentalidad serían 1) cuidar, atendiendo las necesidades a nivel emocional, social y físico de los menores y ofrecerles protección; 2) controlar, estableciendo normas y límites; y 3) desarrollar, logrando que los hijos superen las etapas de cada

edad. Para alcanzar los mismos, los progenitores deben estar dotados de conocimiento sobre cómo cuidar y proteger, y deben tener motivación, recursos y oportunidades para sus hijos.

En el proceso de interacción familiar, es fundamental la acción parental como base y establecimiento de relaciones y como motor de estabilidad dentro del núcleo (López y Vesga, 2009). Los padres, como agentes modeladores, transmiten a sus hijos una educación mediante sus acciones, sus relaciones y su comunicación. Los estilos educativos sirven de estimulador al niño y, a través de la interacción parental, se determinará la dinámica de la familia. Este estilo se reflejará en otros contextos, pero son exclusivos de cada familia y dará lugar a sus propios valores (Isaza y Henao, 2010).

En la familia se viven situaciones muy estresantes, especialmente experimentadas por el subsistema parental, que debe afrontar estos eventos en mayor medida que el resto de los miembros. Los padres necesitan numerosas habilidades de manera que se esté velando por las necesidades de sus hijos y se haga desde la competencia (López, Casimiro, Quintana y Chaves, 2009). Los conflictos del sistema familiar pueden poner trabas al rol de padre o de madre y esto tendrá un impacto sobre los hijos.

Desde el enfoque sistémico de Minuchin (2004), se presenta cómo la pareja pone solución a los conflictos de convivencia y la repercusión que esto tiene sobre los hijos. Por tanto, la dinámica relacional de la pareja es muy relevante para explicar los problemas presentes en la familia, estando relacionado a su vez con el bienestar de los hijos (Figuroa, Contini, Betina, Levín y Estévez, 2005).

Así es como, en el entorno familiar, se introducen las primeras prácticas educativas, que servirán como referencia para los niños y, de las cuales, obtendrán el desarrollo de competencias, de emociones, de estilos de socialización y de estrategias de afrontamiento. Por tanto, la involucración de la familia como agente contextual del desarrollo humano supone un peso importante (López y Vesga, 2009).

El conflicto relacional es una fuente de estrés, que tendrá impacto, por lo tanto, sobre los hijos. Si hay mucho estrés presente en la interacción parental, las prácticas educativas pueden resultar menos funcionales. De esta manera, el estrés parental puede repercutir negativamente sobre el desarrollo del menor (Cabrera, Guevara y Barrera, 2006).

En concreto, el adolescente, por medio de la interacción comunicativa que ocurre entre los integrantes del sistema familiar, identifica las situaciones sociales y responde de manera similar a los modelos que se le han transmitido en casa por parte de su madre y su padre (Berger, 2007).

La familia en el momento de la adolescencia, puede vivir sus primeras crisis, al confrontar la congruencia y solidez de la crianza (Verdugo Lucero et al., 2014). De esta manera, para lograr en los hijos un adecuado desarrollo social y personal, el sistema debe estar al tanto para estimular las interacciones de los miembros en ambientes sociales (Nunes, Marcela, Ferrari y Marín, 2012).

Podríamos plantearnos si existe una influencia diferente sobre los hijos, en función del sexo de los progenitores. Según el estudio realizado por Tur-Porcar et al. (2012), las madres podrían ejercer mayor influencia sobre los hijos. Las chicas, por su parte, consideran por igual la influencia de ambos padres, mientras los chicos consideran mayor la influencia de su madre.

Es favorable que la educación, por parte de los padres, tenga cierta coherencia, para facilitar la identificación de rasgos de socialización determinados en la relación bidireccional entre padres e hijos. De esta manera, las prácticas educativas que se establecen en el núcleo familiar, influirán sobre el desarrollo de los hijos en otros ámbitos (López y Vesga, 2009).

En esta línea, la función paterna es un indicador en el desarrollo del hijo, además de la influencia que ejercen la estructura y la dinámica familiar, la comunicación y el afecto. Esto afecta a la adaptación de los hijos, pudiendo dar lugar a conductas desadaptativas, las cuales tienen una estrecha relación con un clima familiar más bien negativo, donde se ven con frecuencia problemas de comunicación, conflictos y falta de cohesión (Nunes, Marcela, Ferrari y Marín, 2012).

Para evaluar la competencia parental que posee cada miembro del subsistema parental, se miden los siguientes aspectos, los cuales aportan información sobre la competencia parental percibida en la tarea de educar a sus hijos de manera satisfactoria y eficiente, explicado por Bayot, Hernández Viadel y de Julián (2005):

- Dedicación personal. Este aspecto considera cuánto tiempo dedican los padres a sus hijos, así como espacios donde poder comunicarse. Los hijos perciben una actitud de rechazo o de aceptación por parte de sus padres respecto a las expectativas o demandas que establecen.
- Ocio compartido. Relaciona el ámbito familiar con el social, considerando al primero como agente de socialización. Este espacio permite a los hijos conocer e integrarse en su

entorno. Por este motivo, el ocio es necesario en este proceso y tendrá influencia en la formación de la personalidad.

- Implicación escolar. Se considera que la participación activa por parte de los padres en el ámbito escolar tiene un impacto positivo en áreas específicas del mismo, como sería el rendimiento académico, el absentismo, los hábitos a la hora de estudiar y la actitud del hijo respecto al contexto escolar.
- Asesoramiento y orientación. Explica la habilidad de dialogar y comunicarse entre ambos subsistemas, en cuanto a las demandas y las necesidades que presentan los menores. Se entiende que, en un contexto de comunicación, se aprecia mayor compañerismo, respeto y valores.
- Asunción de rol de ser padre. Mide el grado en que los padres han sido capaces de adaptarse a los cambios que supone la llegada de un nuevo miembro a la familia, lo cual puede traer dificultades y situaciones que debe afrontar la pareja.

Como se ha podido comprobar a través de la literatura revisada, las variables que se miden en este estudio guardan, de alguna manera, una relación importante. Midiendo la conexión entre estas, se aportará un conocimiento más profundo al cómo y en qué medida influyen.

Objetivos e hipótesis

- Objetivo general: Analizar la relación entre el estilo de comunicación (asertivo, sumiso, agresivo o agresivo-pasivo), la competencia parental percibida (Dedicación personal, ocio compartido, implicación escolar, orientación y asunción de rol) y los factores de la dimensión de relaciones del clima familiar (cohesión, expresividad emocional y conflicto).
- Objetivos específicos:
 - 1) Conocer las diferencias en cuanto al estilo de comunicación en función del sexo, la edad y los años de convivencia.
 - 2) Observar en qué grado se presenta la competencia parental percibida en función del sexo, la edad y el número de hijos.
 - 3) Estudiar las diferencias en el clima familiar en función del número de hijos, los años de convivencia y el nivel socioeconómico.

En relación con los objetivos generales y específicos, se plantean las siguientes **hipótesis**:

1. Un estilo de comunicación que puntúa alto en asertividad, se relaciona de manera positiva con la cohesión y la expresividad emocional, mientras que lo hace de manera negativa con el

- conflicto; un estilo agresivo, sumiso o agresivo-pasivo, guardará una relación inversa con la cohesión y la expresividad emocional y positiva con el conflicto.
2. A mayor puntuación en las subescalas de competencia parental percibida, mayor puntuación en la cohesión y la expresión emocional; a menor puntuación en dichas subescalas, mayor puntuación en el conflicto.
 3. Una puntuación alta en estilo de comunicación asertivo guardará una relación positiva con las subescalas de competencia parental percibida. Puntuaciones altas en los estilos de comunicación agresivo, sumiso y agresivo-pasivo, mantendrán una relación negativa con las subescalas de competencia parental.
 4. Existen diferencias estadísticamente significativas entre hombres y mujeres en el estilo de comunicación empleado.
 5. Existen diferencias estadísticamente significativas entre grupos de edad en el estilo de comunicación empleado.
 6. Existen diferencias estadísticamente significativas en el estilo de comunicación en función de los años de convivencia de la pareja.
 7. Las mujeres puntúan más alto en competencia parental percibida que los hombres.
 8. No existen diferencias estadísticamente significativas entre grupos de edad en la competencia parental percibida.
 9. Existen diferencias estadísticamente significativas en la competencia parental percibida en función del número de hijos.
 10. Las familias con menor número de hijos puntuarán más alto en el clima familiar que las familias con mayor número de hijos.
 11. Existen diferencias estadísticamente significativas en el clima familiar según los años de convivencia de la pareja.
 12. Existen diferencias estadísticamente significativas en el clima familiar en relación con el nivel socioeconómico.

MÉTODO

Participantes

Para este estudio se contó con una muestra no clínica compuesta por 60 padres, de los cuales, el 68% eran mujeres (n=41) y el 32% eran hombres (n=19). Las edades de los participantes estaban comprendidas entre los 32 y los 68 años, con una media de 48,95 años (DT= 5,81).

Para acceder a la muestra, se realizó un muestreo por conveniencia a través de personas conocidas en varias provincias de España, predominando Madrid y Toledo. Los criterios de inclusión

exigían que fuesen padres de nacionalidad española, de familias biparentales, con hijos biológicos con edades comprendidas entre los 12 y los 18 años que fuesen usuarios de centros educativos.

De la totalidad de la muestra, el 58,3 % (n=35) tenía dos hijos, el 25% (n=15) tres hijos, el 11,7% (n=7) tenía un hijo y el 5% (n=3) más de cuatro hijos, siendo la media de 2,35 hijos (DT= 1,1). En cuanto a los años de convivencia, la duración media es de 21,48 años (DT= 6,06). En relación con el estado civil, el total de la muestra indicó estar legalmente casado. El 93,3% (n=56) trabajaba fuera de casa, mientras el 6,7% (n=4) trabajaba como “ama de casa”. El nivel socioeconómico de los participantes osciló entre medio y alto, situándose el 88,3% (n=53) en un nivel medio, y el 11,7% (n=7) en un nivel alto.

Instrumentos

Las variables del estudio se han medido a través de un cuestionario sociodemográfico y tres instrumentos psicométricos.

- Cuestionario de variables sociodemográficas (elaboración propia). Recoge el sexo (hombre/mujer), la edad, el número de hijos en la familia, el estado civil (pareja/casado/otro), el nivel socioeconómico (bajo/medio/alto) y los años de convivencia de la pareja.

- Cuestionario de Aserción en la Pareja (ASPA) (Carrasco, 2013). Este instrumento permite evaluar las estrategias de comunicación que utilizan las parejas para abordar situaciones problemáticas de la convivencia. Se presentan una serie de situaciones, con el fin de que cada miembro valore la forma en que él y su pareja responde a ellas. Consta de dos formularios, forma A y forma B, uno para responder sobre uno mismo, y el segundo para responder sobre la pareja.

Cada formulario está formado por 40 ítems que presentan situaciones de la vida cotidiana donde la pareja debe responder en función de la frecuencia con que se comporta de determinada manera. La respuesta de la escala se presenta en un formato tipo Likert de seis valores, donde se debe contestar siendo 1 “casi nunca” y 6 “casi siempre”. Hay diez ítems por cada subescala.

Se obtiene una puntuación diferente para cada forma. Los resultados, para ambas formas, clasifican la manera de responder a las situaciones en cuatro estrategias: asertiva, agresiva, sumisa y agresivo-pasiva. El cuestionario se puede aplicar de manera individual o colectiva, aplicando bien solo una de las formas, bien las dos, permitiendo este último caso conocer la visión que tiene cada miembro del otro y valorar el grado de discrepancia existente. En esta investigación, se

aplicará únicamente la forma A, siendo objeto de interés el estilo de comunicación que la persona considera que emplea.

El cuestionario para la forma A presenta una consistencia interna de $\alpha=,83$ en aserción; de $\alpha=,81$ en agresión; de $\alpha=,75$ en sumisión y de $\alpha=,74$ en agresión-pasiva. La aplicación de la escala en la muestra de este trabajo indicó una consistencia interna de $\alpha=,89$ para la escala total. Para las subescalas, se obtuvo una consistencia interna de $\alpha=,87$ en aserción; de $\alpha=,86$ en agresión; de $\alpha=,75$ en sumisión y de $\alpha=,87$ en agresión-pasiva.

- Evaluación de la Competencia Parental Percibida (ECP) (Bayot y Hernández Viadel, 2008). Esta escala de 22 ítems ha mostrado una consistencia interna de $\alpha=,87$ y una validez adecuada para recoger información sobre el concepto de competencia parental, teniendo en cuenta las siguientes dimensiones:

- Dedicación personal. Mide cuánto tiempo dedican los padres a sus hijos, así como espacios donde poder comunicarse ($\alpha=,68$). Corresponde a los ítems 10, 12, 9, 5 y 20.
- Ocio compartido. Relaciona el ámbito familiar con el social, para conocer en qué grado se ayuda a los hijos a conocer e integrarse en su entorno ($\alpha=,56$). Compuesto por los ítems 6, 7, 19 y 8.
- Implicación escolar. Mide la participación activa por parte de los padres en el ámbito escolar ($\alpha=,76$). Está formado por los ítems 11, 21, 4, 13 y 15.
- Orientación: Evalúa la capacidad de dialogar y comunicarse, en cuanto a las demandas y las necesidades que presentan los menores ($\alpha=,62$). Compuesto por los ítems 16, 14, 18 y 17.
- Asunción de rol de ser padre. Mide el grado en que los padres han sido capaces de adaptarse a los cambios que supone la llegada de un nuevo miembro a la familia ($\alpha=,52$). Corresponde a los ítems 2, 22, 3 y 1.

Los participantes expresan en qué medida están de acuerdo con los ítems que se van exponiendo. La escala se presenta en formato tipo Likert con cuatro opciones de respuesta, siendo 1 “nunca” y 4 “siempre”. Los padres que contestan a este cuestionario deben tener hijos con edades comprendidas entre los 3 y los 18 años, y estos deben ser usuarios de centros educativos. Esta evaluación consta de una versión para hijos (ECP-h) y otra para padres (ECP-p), siendo esta última la que se aplica en este estudio. La aplicación puede ser individual o colectiva, para este estudio se tendrá en cuenta la competencia parental percibida del padre que responda al cuestionario, por tanto, la aplicación será individual.

La aplicación de dicha escala en esta investigación indicó una consistencia interna de $\alpha=,87$ para la escala total. La consistencia interna para las subescalas indicó $\alpha=,62$ para dedicación personal; $\alpha=,67$ para ocio compartido; $\alpha=,71$ para implicación escolar; $\alpha=,50$ para orientación y $\alpha=,62$ para asunción del rol de padre.

- Escala del Clima Social Familiar (Family Environment Scale FES; de Moos, Moos y Trickett, 1974) adaptada al castellano por Fernández-Ballesteros y Sierra (1989). Esta escala recoge el clima que existe en el núcleo familiar evaluando tres dimensiones: la dimensión de relaciones, la dimensión de desarrollo y la dimensión de estabilidad.

Para la presente investigación, sólo se tendrá en cuenta la dimensión de relaciones, con el fin de obtener una puntuación específica sobre la interacción familiar, para conocer cómo se presenta en función del estilo de comunicación y la competencia parental. Esta dimensión aporta conocimiento sobre el grado de interacción conflictiva y el grado de comunicación y expresión dentro de la familia. Esta subescala está compuesta por tres factores:

- Cohesión: evalúa la medida en que los miembros se apoyan y se ayudan los unos a los otros ($\alpha=,78$).
- Expresividad emocional: mide si la familia puede expresar sus sentimientos libremente ($\alpha=,69$).
- Conflicto: valora cómo se expresan la agresividad y el conflicto ($\alpha=,75$).

Cada factor está compuesto por nueve ítems (27 en total), que presentan situaciones familiares frecuentes y a las que se responde como verdadero o falso (V/F) en función de cómo se relacione dicha situación con la familia que responde (Ítem 1 “*En mi familia nos ayudamos y apoyamos realmente unos a otros*”; Ítem 11 “*En mi casa comentamos nuestros problemas personales*”; Ítem 24 “*Los miembros de mi familia estamos enfrentados unos con otros*”).

Dicha escala muestra una consistencia interna de $\alpha=,51$ para la escala total en esta investigación. Las subescalas muestran una consistencia interna de $\alpha=,71$ para cohesión; $\alpha=,41$ para expresividad y $\alpha=,41$ para conflicto.

Procedimiento

La recogida de datos se realizó entre diciembre y febrero del curso 2018-2019. Los formularios se repartieron en papel junto a un sobre, de manera que el sujeto procediese a cerrarlo para la entrega de sus respuestas. Estos sobres se entregaron directamente al participante o bien se

distribuyeron con la ayuda de conocidos en diferentes provincias, a los que se contactó vía email. Los sujetos cumplimentaron los cuestionarios en privado, luego se desconocen las condiciones en que se contestó. Los datos se recogieron de manera anónima, voluntaria e individual.

Cada formulario contaba con un apartado de instrucciones, donde se exponían brevemente los objetivos de la investigación. Asimismo, incluía el consentimiento informado indicando que la cumplimentación de las preguntas suponía la conformidad con el uso de las respuestas con un fin académico. En el formulario, el orden de las escalas fue, en primer lugar, el cuestionario de variables sociodemográficas, seguido de la Escala de Clima Social Familiar (FES), la Escala de Competencia Parental Percibida (ECP-p), y finalmente el Cuestionario de Aserción en la Pareja (ASPA). Cada una de las escalas incluidas en el formulario contaba con un breve comentario sobre cómo debía cumplimentarse.

La cumplimentación de todas las escalas llevó un tiempo aproximado de diez minutos. Una vez entregados los resultados, se agradeció a los participantes su colaboración.

Análisis de datos

Para realizar el análisis estadístico se utilizó el programa estadístico IBM SPSS versión 24. Primero se analizaron las variables cuantitativas (edad, número de hijos y años de convivencia de la pareja) y las variables cualitativas (sexo, estado civil y nivel socioeconómico) del cuestionario sociodemográfico, a través de análisis descriptivos, obteniendo las frecuencias de las últimas.

Los datos sociodemográficos recogidos a través de preguntas abiertas en los formularios se agruparon en el programa SPSS de la siguiente manera: Edad (Menores de 48; mayores de 49), años de convivencia (Menos de 21 años; más de 22 años) y número de hijos (Un hijo; dos hijos; tres o más hijos).

Para analizar las diferencias entre grupos de las variables independientes en las variables dependientes, primero se comprobaron los supuestos de normalidad y homogeneidad de varianzas con las pruebas de Kolmogorov-Smirnov y Levene. Según los resultados obtenidos a través de estas pruebas, no se cumple el supuesto de normalidad para ninguna de las variables. Por ello, se llevaron a cabo las pruebas no paramétricas U de Mann-Whitney, para las variables con dos grupos y Kruskal-Wallis, para las variables de más de tres grupos. Para obtener el tamaño del efecto en U de Mann-Whitney, se calculó la r de Rosenthal mediante la fórmula $r = \frac{Z}{\sqrt{N}}$ y para su interpretación, se utilizaron los puntos de corte 0.10 (pequeño), 0.30 (moderado) y 0.50 (alto).

Para analizar las relaciones entre las variables cuantitativas, se repitió el proceso para conocer el supuesto de normalidad y se calcularon los coeficientes de correlación de Pearson en los casos que cumplían el supuesto de normalidad y los coeficientes de correlación de Spearman para aquellas variables que no cumplían el supuesto de normalidad. Para interpretar las correlaciones se utilizaron los puntos de corte: menor de 0.30 (bajo), entre 0.30 y 0.50 (moderado) y mayor de 0.50 (alto), y se calculó la r^2 para obtener el porcentaje de varianza compartida entre las variables.

RESULTADOS

Objetivo general

Para analizar la relación entre las variables dependientes de la investigación, se utilizó la prueba de correlación de Pearson y, para aquellas variables que no cumplían el supuesto de normalidad, se llevó a cabo la prueba de correlación de Spearman.

Hipótesis 1:

Según los resultados obtenidos, se observa que un estilo de comunicación asertivo no se relaciona de manera significativa con ninguna de las variables de la dimensión de relaciones del clima familiar: cohesión $r_s = -.035$; $p > .05$; expresividad emocional $r_s = .047$; $p > .05$ y conflicto $r_s = .081$; $p > .05$.

Un estilo de comunicación que puntúa alto en agresividad, muestra una relación significativa inversa con la variable cohesión $r_s = -.516$; $p < .05$; $r^2 = .26$ indicando que, a mayor agresividad, menor cohesión. Por otro lado, el estilo agresivo no mantiene una relación significativa con las variables expresividad emocional $r_s = -.221$; $p > .05$ y conflicto $r_s = .162$; $p > .05$.

Un estilo de comunicación sumiso, muestra una relación significativa inversa con las variables cohesión $r_s = -.314$; $p < .05$; $r^2 = .09$ y expresividad emocional $r_s = -.355$; $p < .05$; $r^2 = .12$. En este sentido, a mayor sumisión, menor cohesión y expresividad emocional en el clima familiar. Por otro lado, un estilo sumiso no mantiene una relación significativa con la variable conflicto $r_s = -.009$; $p > .05$.

Finalmente, un estilo agresivo-pasivo, muestra una relación significativa inversa con las variables cohesión $r = -.429$; $p < .05$; $r^2 = .18$ y expresividad emocional $r = -.358$; $p < .05$; $r^2 = .12$. A mayor comunicación agresivo-pasiva, menor cohesión y expresividad emocional en el clima familiar. No mantiene una relación significativa con la variable conflicto $r = .137$; $p > .05$.

Hipótesis 2:

Para comprobar la relación entre las dimensiones de la competencia parental percibida (Dedicación personal, ocio compartido, implicación escolar, orientación y asunción de rol) y los factores de clima familiar, se realizó una correlación de Spearman para cada par de variables comparadas. Los resultados indicaron que existe una correlación significativa entre la competencia parental percibida y la variable cohesión $r_s = ,319$; $p < ,05$; $r^2 = ,10$. En este sentido, a mayor competencia parental percibida, mayor cohesión familiar. No se demuestra correlación entre la competencia parental y las variables expresividad emocional $r_s = ,130$; $p > ,05$ y conflicto $r_s = -,232$; $p > ,05$.

En la Tabla 1 se muestran las correlaciones de las variables de la dimensión de relaciones del clima familiar con cada una de las subescalas de competencia parental percibida por separado.

Tabla 1

Correlaciones entre las dimensiones de clima familiar y las subescalas de competencia parental

	Cohesión	Expresividad emocional	Conflicto
Dedicación personal	,257*	,088	-,243
Ocio compartido	,009	,007	-,062
Implicación escolar	,280*	,153	-,143
Orientación	,248	,086	-,220
Asunción de rol de padre	,453*	,297*	-,275*
Total CPP	,319*	,130	-,232

Nota. * $p < 0,05$.

Hipótesis 3:

Con el fin de comprobar cómo se relaciona la competencia parental percibida y el estilo de comunicación, se realizó una correlación de Spearman. Los resultados obtenidos indican que no existe una relación significativa entre la competencia parental percibida y ninguna de las modalidades de estilo de comunicación: asertivo $r_s = ,050$; $p > ,05$; agresivo $r_s = -,194$; $p > ,05$; sumiso $r_s = -,220$; $p > ,05$ y agresivo-pasivo $r_s = -,172$; $p > ,05$. Para las subescalas de competencia parental percibida se detectaron relaciones significativas para algunas de las variables (Véase Tabla 2).

Tabla 2

Correlaciones entre el estilo de comunicación y las subescalas de competencia parental

	Asertivo	Agresivo	Sumiso	Agresivo-pasivo
Dedicación personal	,065	-,104	-,078	-,100
Ocio compartido	,010	-,016	-,078	-,008
Implicación escolar	,071	-,051	-,094	-,080
Orientación	,213	-,255*	-,323*	-,131
Asunción de rol de padre	,095	-,362*	-,349*	-,369*
Total CPP	,050	-,194	-,220	-,172

Nota. * $p < ,05$.

Objetivos específicos

Para conocer las diferencias en cuanto al estilo de comunicación en función del sexo, la edad y los años de convivencia, se llevó a cabo la prueba U de Mann-Whitney para cada hipótesis. Los resultados obtenidos indicaron que no existen diferencias estadísticamente significativas ($p > 0,05$) en el estilo de comunicación entre hombres y mujeres. En este sentido, los resultados no indican diferencias en asertivo ($U=319$; $p=0,26$), agresivo ($U=309$; $p=0,20$), sumiso ($U=269$; $p=0,55$) ni agresivo-pasivo ($U=388$; $p=0,98$). Tampoco se encuentran diferencias significativas entre los grupos de edad (menores de 48; mayores de 49) para asertivo ($U=365$; $p=0,29$), agresivo ($U=330$; $p=0,11$), sumiso ($U=433$; $p=0,98$) y agresivo-pasivo ($U=390$; $p=0,50$). Finalmente, no existen diferencias significativas en relación con los años de convivencia para las dimensiones asertivo ($U=418$; $p=0,64$), agresivo ($U=376$; $p=0,27$), sumiso ($U=414$; $p=0,60$) y agresivo-pasivo ($U=402$; $p=0,48$).

Para analizar las diferencias en la competencia parental percibida en función del sexo y la edad, se realizó la prueba no paramétrica U de Mann-Whitney para cada hipótesis. A partir de los resultados obtenidos, no se observan diferencias significativas entre los grupos de edad (Menores de 48; mayores de 49) ($U=381$; $p=0,42$), pero sí se encuentran diferencias estadísticamente significativas entre hombres ($N=19$; $Mdn=68$; $RI=16$) y mujeres ($N=41$; $Mdn=75$; $RI=10$) ($U=244$; $p=0,021$; $r^2=,29$), siendo el grupo de mujeres el que puntúa más alto en competencia parental percibida (Véase Figura 1).

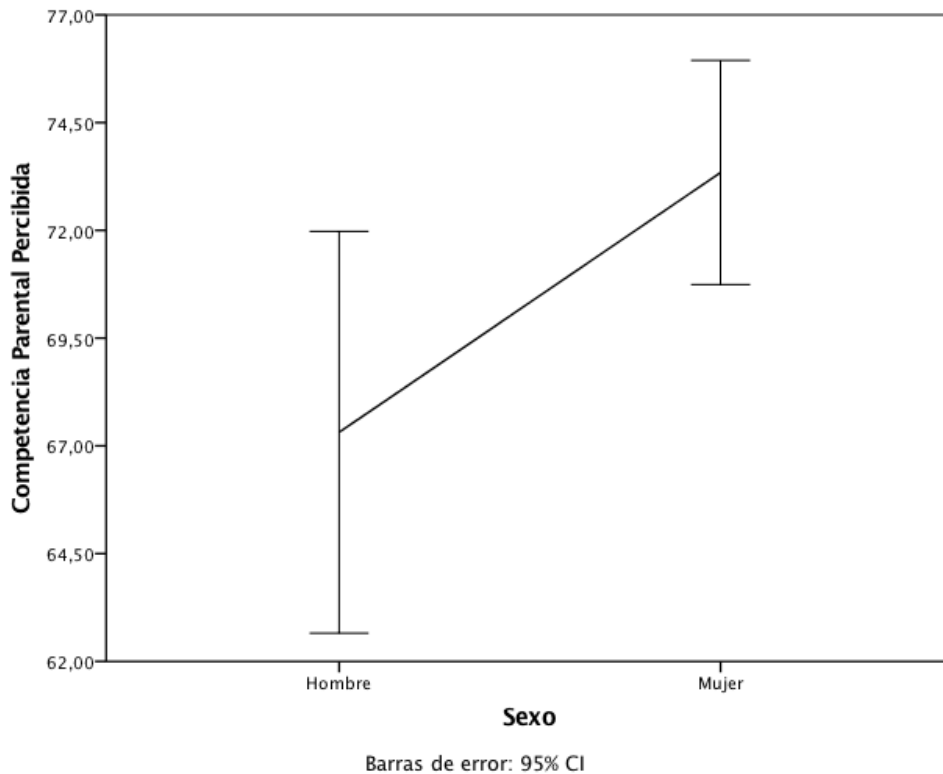


Figura 1. Diferencias en la Competencia Parental Percibida entre Hombres y Mujeres

Para obtener las diferencias en función del número de hijos (Un hijo; dos hijos; tres o más hijos), se realizó la prueba Kruskal-Wallis. Los resultados indican que no hay diferencias significativas en la competencia parental percibida en los distintos grupos de número de hijos ($X^2(2)=2,662$; $p=0,26$).

Para conocer si existían diferencias en la dimensión de relaciones del clima familiar en función de los años de convivencia y el nivel socioeconómico, se llevó a cabo la prueba U de Mann-Whitney para cada hipótesis. Se indicó que no existían diferencias estadísticamente significativas entre los grupos de años de convivencia (Menos de 21 años; más de 22 años) para ninguna de las dimensiones: cohesión ($U=429$; $p=0,76$), expresividad emocional ($U=427$; $p=0,73$) y conflicto ($U=406$; $p=0,50$). Para el nivel socioeconómico, se encontraron diferencias estadísticamente significativas en las variables cohesión ($U=84$; $p=,018$; $r^2=,30$) y conflicto ($U=106$; $p=,05$; $r^2=,24$), siendo el grupo de nivel medio ($N=53$; $Mdn=7$; $RI=2$) el que puntuó más alto en cohesión y el grupo de nivel alto ($N=7$; $Mdn=4$; $RI=6$) el que puntuó más alto en conflicto. No se encontraron diferencias significativas para la variable expresividad emocional ($U=160$; $p=,54$).

Para conocer las diferencias en el número de hijos, se empleó la prueba Kruskal-Wallis. No se encontraron diferencias estadísticamente significativas en relación al número de hijos para cohesión ($X^2(2)=4,407$; $p=0,11$), expresividad emocional ($X^2(2)=1,623$; $p=0,44$) y conflicto ($X^2(2)=2,314$; $p=0,31$).

DISCUSIÓN

El entorno familiar es un sistema que se debe cuidar, ya que en él se produce el desarrollo de los individuos que lo constituyen, especialmente el de los hijos. Para que este desarrollo sea óptimo, los estudios anteriores señalan que deben darse una serie de características. Entre ellas, se encuentra la necesidad de que exista una buena comunicación entre los miembros y se preserven las relaciones mediante constancia en las interacciones (Rodríguez, Herrera, Quiles y Álvarez, 2008). Estudiar y determinar las variables familiares, permitirá conocer las consecuencias de la influencia que ejerce el sistema sobre sus miembros (Garaigordobil y Machimbarrena, 2017). La importancia de la familia, por tanto, nos lleva a considerar variables que pudieran estar influyendo sobre el clima existente en la misma.

En el presente trabajo, se estudió la relación entre el clima familiar y la influencia del subsistema parental en cuanto a los estilos de comunicación empleados y la competencia parental percibida. Para el primer objetivo, analizar la influencia del estilo de comunicación sobre la dimensión de relaciones del clima familiar, los resultados obtenidos indicaron que existen correlaciones entre alguno de los estilos de comunicación y las variables de clima familiar. En este sentido, se encuentra que, a mayor puntuación en un estilo de comunicación agresivo, menor cohesión. Por otro lado, se demuestra que un estilo de comunicación sumiso, está relacionado con una baja cohesión y baja expresividad emocional. Finalmente, se establece relación entre un estilo agresivo-pasivo con una disminución de la cohesión y de la expresividad emocional. Esta relación corresponde con la definición que se contempla dentro de las relaciones en el clima familiar, indicando que el grado de comunicación y expresión que se produce dentro del ámbito familiar, así como la interacción conflictiva presente, da forma a dicho clima (Moos y Moos, 1981). En este sentido, se puede entender cómo la manera en que se comunica dentro del sistema disminuye la cohesión familiar y la expresividad emocional en aquellas familias donde la comunicación que se emplea entre los progenitores se encuentra entre los estilos agresivo, sumiso o agresivo-pasivo.

La expresividad emocional, según anteriores estudios, impacta sobre la comunicación afectiva del subsistema parental, siendo estos intermediarios frente al clima familiar. De esta manera, se está ante una variable que resultaría beneficiosa para las relaciones dentro del sistema (Romero, Guajardo, Guinea y Alegría, 2013). Así lo confirmarían los resultados del presente estudio desde una perspectiva opuesta. Esto es, no se encuentra relación entre la asertividad y una mejora del clima familiar, pero si se interpreta que aquellas familias donde el estilo de comunicación empleado por los padres entre sí no es asertivo, no favorecen la expresividad emocional como dimensión dentro del clima familiar. De esta manera, se puede señalar que un uso frecuente de

estilos sumisos o agresivo-pasivos, no resultarían favorables para el clima familiar, pero no se puede asegurar que el uso de un estilo asertivo si lo sea.

En cuanto al conflicto, no se han encontrado relaciones con los estilos de comunicación. Dicha variable en la familia, no tiene que presentarse como negativo en la medida en que se permita expresar las emociones como el enfado o la rabia (Moos, Moos y Trickett, 1989), lo cual podría explicar por qué esta variable no muestra estar relacionada con el estilo comunicativo en ninguna de sus modalidades. Esto es, en función del concepto y del significado que dé cada persona al conflicto, puede resultar o bien favorable o bien negativo para el cuidado del clima familiar. Esta podría ser una de las razones por las que no se encuentra que, a mayor agresividad, sumisión o agresión-pasiva, mayor conflicto, como se plantea en las hipótesis. Si bien es cierto, deberíamos atender a esta cuestión más profundamente para comprobar aquellos estudios que aseguran que las habilidades comunicativas son necesarias en el conflicto (Ramos y Villalobos, 2009). Es decir, puede no haber sido significativo en la medida en que el conflicto puede ser funcional en ocasiones, o inadecuado en otras, de acuerdo con Isaza y Hernao (2012), quienes aseguran que, la frecuencia del conflicto puede volverlo perjudicial, aunque en sí no lo sea.

La comunicación, según Jaramillo, Pérez y González (2013), resultaría esencial para el manejo de los conflictos familiares, favoreciendo la estabilidad en las relaciones. Los resultados que se han obtenido no confirman dicho supuesto, pero puede deberse a que se centran exclusivamente en la comunicación asertiva en el subsistema parental, cuando la comunicación se puede estar dando a muchos niveles diferentes. Por lo tanto, no se cuestionaría la importancia de lo que se dice y la forma en que se comunica (Lujan y Acevedo, 2011), sino en qué subsistemas se produce el intercambio.

En relación al estilo de comunicación sumiso, según Carrasco (2013), no permite expresar las opiniones propias, lo cual puede englobar la expresión de los sentimientos. Esto estaría apoyado por los resultados que indican que, a mayor sumisión, menor expresividad emocional. Ocurre de la misma manera en el estilo comunicativo agresivo-pasivo, mediante el cual uno no expresa sus opiniones o sentimientos, indicando que la tendencia a un estilo agresivo-pasivo se relaciona con una disminución de la expresión emocional. Por otro lado, esta tendencia supone recurrir a la coacción para lograr la aceptación por parte del otro. Esto último no se confirmaría con los resultados, que no indican la existencia de una relación directa entre el estilo agresivo-pasivo y el conflicto.

En cuanto a la comunicación asertiva, no se han podido determinar relaciones con ninguna de las dimensiones del clima familiar; cohesión, expresividad emocional y conflicto. De la misma

manera, no se ha establecido relación entre un estilo agresivo y las variables expresividad emocional y conflicto; entre un estilo sumiso con el conflicto, y finalmente, entre un estilo agresivo-pasivo con el conflicto. Por lo tanto, si se contemplan todas las variables, no se confirma la hipótesis inicial. De acuerdo con Olson (1999), la comunicación se considera necesaria para facilitar la cohesión, no solo a nivel familiar sino también a nivel conyugal. A su vez, mediante la comunicación, se permite a los miembros expresar sentimientos sobre uno mismo. En la línea de los resultados obtenidos, no se estaría asegurando una relación entre ambos conceptos. Cabe mencionar que la asertividad, según Carrasco (2013), facilita la expresión de emociones sin necesidad de recurrir a la discusión conflictiva, lo cual no se ve reflejado en el presente estudio al no establecerse una relación directa entre las variables. No se puede confirmar los beneficios que tiene la comunicación asertiva en el clima familiar (Capafóns y Sosa, 2015), pero sí se ha podido conocer qué variables disminuirían la tendencia a un clima favorable.

Anteriores estudios consideran que la tendencia a estilos de comunicación positivos, ayudan a fortalecer los vínculos en las relaciones y que en la tendencia a estilos menos asertivos se encuentran vínculos más bien orientados a los intereses propios, dejando al margen las necesidades del otro (Sánchez Aragón y Díaz Loving, 2003). Según Bedregal y Sevillano (2016), entender el tipo de comunicación empleada en el subsistema parental, facilitaría el conocimiento del trato que se da a nivel familiar. Los resultados son limitados para demostrar dicha evidencia, pero esto podría deberse al tipo de muestra y la manera en que se ha respondido a los cuestionarios. En este sentido, se puede apoyar a dichos autores señalando que una buena relación a nivel parental, en la medida en que no se emplean estilos no asertivos, puede estar fomentando un clima familiar óptimo evitando el deterioro de la cohesión y la expresividad emocional. Dicho de otra manera, cuando los padres no emplean maneras conflictivas de solucionar los problemas, se está cuidando el clima (Capafóns y Sosa, 2015).

Tras analizar los resultados, cabe mencionar que, según Mangione y Anglat (2002), no existirían estilos puros de comunicación para cada persona, sino que cada uno, tendrá mayor o menor tendencia a un estilo que a otro. Desde aquí, se puede comprender la dificultad para establecer relaciones significativas con el clima familiar, puesto que, una persona que tiende a la asertividad, no significa que no emplee, en ocasiones, estilos más bien agresivos o sumisos. En este sentido, los sujetos que han respondido a los cuestionarios pueden haber puntuado similar en varios estilos, dando lugar a que no se encuentren relaciones directas entre las variables.

Según los autores López y Vesga (2009), el clima familiar introduce prácticas educativas a los hijos, permitiendo que estos desarrollen sus competencias y emociones. Este peso de la familia en sus miembros, lleva a otro de los objetivos del estudio, que contempla la relación entre el clima

familiar y la competencia parental percibida. Los resultados obtenidos indican que una mayor competencia parental percibida se relaciona con una mayor cohesión familiar. Se puede, por lo tanto, apoyar la idea de que la competencia parental indica tener un papel relevante en el funcionamiento de la familia (Jones y Prinz, 2005). Si bien es cierto, no se determina relación entre la competencia parental percibida y la expresividad emocional o el conflicto, dejando parte de la hipótesis incompleta, al no lograr conocer cómo esta variable ejerce su influencia sobre el sistema.

Más detenidamente, se analiza por separado la relación en cada una de las subescalas de la competencia parental percibida (dedicación personal, ocio compartido, implicación escolar, orientación y asunción de rol de padre). La única variable que demuestra relación con las tres variables del clima familiar es la asunción de rol de padre, indicando que aquellos padres que han asumido mejor el rol, favorecen el clima familiar en cuanto a cohesión y expresividad emocional, y disminuyen la presencia del conflicto. Estos resultados se muestran coherentes con los autores que consideran que el conflicto, dentro del clima familiar, puede suponer una dificultad en el rol de padre (López, Casimiro, Quintana y Chavez, 2009). De esta manera, aquellos padres que puntúan alto en la asunción del rol, permiten que haya una disminución del conflicto y se favorezcan la cohesión y la expresividad emocional, en la medida en que tienen las habilidades necesarias para velar por las necesidades del hijo de una manera competente. En la misma línea, se señala la existencia de relación entre la dedicación personal y la implicación escolar con la variable cohesión. En este sentido, dedicar tiempo a los hijos e involucrarse en otros ámbitos de su vida, ayudaría a mantener la unión familiar, pero no influiría sobre la expresión emocional o sobre la presencia de conflicto.

Como se ha reflejado anteriormente, el entorno familiar favorece el desarrollo de sus miembros. La comunicación es necesaria y puede volverse más conflictiva cuando los hijos se encuentran en la adolescencia. En este momento, la actuación de los padres tiene un papel imprescindible (Parra y Oliva, 2002). De esta manera, se plantea el objetivo de analizar si existe relación entre el estilo de comunicación y la competencia parental percibida. Los resultados obtenidos concluyeron que ambas variables no están relacionadas. Dicho resultado no coincidiría con la afirmación de que la comunicación es muy importante de cara a tener en cuenta las necesidades de todos los miembros (Jaramillo, Pérez y González, 2013), si entendemos la atención de las necesidades como parte de la competencia parental. Si bien, se pueden señalar relaciones dentro de las subescalas. En este sentido, se indica que, a mayor agresividad y sumisión, menor orientación se ofrece a los hijos.

Por otro lado, se señala que el empleo de un estilo de comunicación agresivo, sumiso o agresivo-pasivo, se relaciona con una menor asunción del rol de padre. Esto viene a relacionarse con el

supuesto de que los conflictos del sistema familiar pueden poner trabas al rol de padre (López, Casimiro, Quintana y Chaves, 2009), es decir, en la medida en que la comunicación tienda a un estilo más conflictivo, con más facilidad se verá condicionado el rol de padre. Además, según los autores Cabrera, Guevara y Barrera (2006), cuando hay presencia de estrés en la interacción parental, las prácticas educativas pueden resultar menos funcionales. Esto, en relación con los resultados, se puede interpretar entendiendo el estilo de comunicación como una fuente de estrés, y tendría su consecuencia sobre la competencia parental. Es decir, el hecho de que se emplee un estilo de comunicación agresivo o sumiso para hacer frente a los conflictos, supondría una situación de estrés que se interpone con dicho rol. Sería interesante abrir una rama de investigación en esta línea en relación al estrés presente en el subsistema parental.

Por último, se tuvieron en cuenta las diferencias entre grupos en relación a las variables sociodemográficas. Por un lado, no se encontraron diferencias en el estilo de comunicación empleado en relación al sexo, la edad ni a los años de convivencia. Por otro lado, se encuentra una diferencia moderada entre hombres y mujeres en cuanto a la competencia parental percibida, siendo las mujeres las que puntúan más alto en dicha variable. De acuerdo con este supuesto, se puede relacionar con que hay una mayor influencia sobre los hijos por parte de la madre que por el padre (Tur-Porcar et al., 2012), pudiendo estar relacionado con la diferencia de sexo de los padres, que influiría sobre la percepción de capacidades parentales. No se establecen diferencias en relación a la edad o el número de hijos para dicha variable. Finalmente, se encuentran diferencias moderadas en el clima familiar en función del nivel socioeconómico que indican los padres. Los resultados indican que las familias con un nivel socioeconómico medio, favorecerían la cohesión, mientras que aquellas con un nivel socioeconómico alto, aumentarían el conflicto. En esta línea, podría profundizarse en dicha variable para conocer por qué actúan de intermediarias y provocan esta situación.

En el presente estudio se han encontrado limitaciones que se deben considerar. Por un lado, la fiabilidad de los resultados puede haberse visto condicionada por las características de la muestra. En primer lugar, por el tamaño, al ser muy reducido (N=60). En segundo lugar, hay un desequilibrio, donde hay mayor prevalencia de mujeres que de hombres en su composición. En tercer lugar, las respuestas se han recogido en un entorno limitado, donde las características de los sujetos no fueron muy dispares. Por este motivo, las preguntas relacionadas con la ocupación o con el nivel socioeconómico, por ejemplo, han mostrado poca variabilidad. En esta línea, se ha descartado valorar las diferencias por la ocupación, puesto que únicamente dos de los sujetos se encontraban en desempleo. Dichas propiedades pueden dificultar la generalización de los resultados a otros entornos de características diferentes, es decir, no podemos considerarla representativa para la población española. Se puede considerar que, por este motivo, no se han

encontrado las mismas relaciones significativas que otros autores han encontrado previamente en sus estudios.

En la misma línea, los datos recogen la percepción del clima familiar y del estilo de comunicación únicamente por parte de uno de los padres. Podría resultar muy interesante para futuras líneas de investigación tener en cuenta la opinión de ambos padres sobre un mismo clima familiar para contrastar los resultados desde ahí. De esta manera, los datos pueden ser más precisos y representativos. Por otro lado, en este estudio se ha utilizado únicamente una variable de la escala de Clima Familiar, limitando las áreas de evaluación y dejando al margen otros aspectos importantes a tener en cuenta dentro de las relaciones familiares.

Además de las limitaciones en la muestra, se deben tener en cuenta los sesgos de deseabilidad social en los formularios. A pesar de haber empleado instrumentos con una fiabilidad y validez adecuada, las respuestas se han podido ver condicionadas por lo que el sujeto entiende como socialmente correcto o adecuado dentro de los ámbitos que corresponden a las preguntas del autoregistro. Además de dicho sesgo, pueden haber influido otros factores, como la extensión del cuestionario o las condiciones en que se ha cumplimentado.

Finalmente, cabe mencionar los demás factores que pueden estar condicionando el clima familiar más allá del estilo de comunicación empleado por los padres o de la competencia parental. Por este motivo, es necesario seguir investigando para conocer aquellos aspectos que pueden estar influyendo sobre el clima familiar para precisar cuáles tienen mayor influencia. Igualmente, el presente estudio no puede establecer relaciones causales entre las variables, luego no se puede establecer una única dirección ni determinar qué variable influye más sobre la otra.

A pesar de las limitaciones, este estudio aumenta el conocimiento que tenemos sobre las variables que se relacionan con el clima familiar, logrando un acercamiento más preciso a las condiciones que lo pueden beneficiar. Aporta nuevos datos a la comunidad científica, pero también es relevante a nivel terapéutico. En este sentido, hace una aproximación a posibles aspectos a trabajar desde la intervención sistémica. De la misma manera, existen estudios que tienen en cuenta el rol del padre sobre el desarrollo del niño, pero este estudio aporta información sobre cómo la interacción producida dentro del subsistema parental, ejerce un papel importante sobre el bienestar de los demás miembros de la familia, de lo cual hay poca investigación hasta el momento.

Teniendo en cuenta todas las limitaciones mencionadas, queda constancia sobre la necesidad de profundizar en este tema. Para futuras investigaciones sería interesante expandir la muestra a

padres divorciados, planteando cómo la comunicación entre los estos repercute sobre el bienestar de los hijos, a pesar de los cambios que se producen en el subsistema parental. En relación a las diferencias encontradas en función del nivel socioeconómico, se podría ampliar el conocimiento para analizar las variables que están interviniendo a dicho nivel. Por otro lado, este tema queda abierto a muchas otras fuentes de posible influencia, por ejemplo, la presencia de estrés en la relación parental o la edad de los hijos. En esta línea, se pueden incluir nuevas variables moderadoras, no solo relacionales sino individuales o de personalidad de los miembros.

A modo de reflexión personal, cabe mencionar que las variables del estudio tienen un fin común, el de conocer qué perjudica y qué favorece el bienestar de las familias y de sus miembros. Resulta inspirador poder conocer los recursos que se pueden potenciar en los padres, que tendrán su posterior repercusión sobre los más pequeños. Cada aportación supone un paso más cerca en el conocimiento de un aspecto tan complejo y con tanta influencia como es la familia.

REFERENCIAS

Baumeister, R.F., & Leary, M.R. (1995). The need to belong: Desire for interpersonal attachments as a fundamental human motive. *Psychological Bulletin*, 117(3), 497-529.

Bayot, A., Hernández Viadel, J. V. & de Julián, L. F. (2005): Análisis factorial exploratorio y propiedades psicométricas de la escala de competencia parental percibida. Versión para padres/madres (ECP-p). *RELIEVE*, 11(2), 113-126.

Bayot, A., & Hernández Viadel, J. V. (2008). *Evaluación de la competencia parental*. Madrid: CEPE.

Bedregal, S. P., & Sevillano, A. H. (2016). Relación entre las estrategias de afrontamiento del conflicto en la pareja y la socialización de la adolescente. *Revista Científica Investigación Andina*, 14(2), 140-148.

Berger, K. (2007). *Psicología del desarrollo, infancia y adolescencia*. Madrid: Panamericana.

Caballo, V. (2000). *Manual de evaluación y entrenamiento de habilidades sociales*. Madrid: Siglo XXI.

Cabrera, V., Guevara, I., & Barrera, F. (2006). Relaciones maritales, relaciones paternas y su

- influencia en el ajuste psicológico de los hijos. *Acta Colombiana de Psicología*, 9(2),115-126.
- Campbell, L., White, J., & Stewart, A. (2001). The relationship of psychological birth order to actual birth order. *Individual Psychology: Journal of Adlerian Theory, Research & Practice*, 47(3) 380-391.
- Capafóns, J. I., & Sosa, C. D. (2015). Relaciones de pareja y habilidades sociales: el respeto interpersonal. *Psicología Conductual*, 23(1), 25-34.
- Carrasco, M. J. (2013). *Cuestionario de aserción en la pareja*. Madrid: TEA.
- Cuervo, Á. A. V., & Alcántar, J. M. O. (2010). *Familia y crisis. Estrategias de afrontamiento*. México: Instituto Tecnológico de Sonora.
- Eldik, W. M., Prinzie, P., Dekovic, M., & de Haan, A. D. (2017). Longitudinal associations between marital stress and externalizing behavior: Does parental sense of competence mediate processes? *Journal of Family Psychology*, 31(4), 420.
- Estévez López, E., Murgui Pérez, S., Musitu Ochoa, G., & Moreno Ruiz, D. (2008). Clima familiar, clima escolar y satisfacción con la vida en adolescentes. *Revista mexicana de psicología*, 25(1), 119-128.
- Fernández-Ballesteros, R. y Sierra, B. (1989a). *Escalas de clima social: Familia, trabajo, instituciones penitenciarias y centro escolar. Manual: Investigación y publicaciones psicológicas*. Madrid: Tea Ediciones S.A.
- Figuroa, M. I., Contini, N., Lacunza, A., Betina, M., & Estévez, A. (2005). Las estrategias de afrontamiento y su relación con el nivel de bienestar psicológico. Un estudio con adolescentes de nivel socioeconómico bajo de Tucumán (Argentina). *Anales de psicología*, 21(1), 66-72.
- Galicia, I. X., Sánchez, A., & Robles, F. J. (2009). Factores asociados a la depresión en adolescentes: Rendimiento escolar y dinámica familiar. *Anales de Psicología*, 25(2), 227-240.
- Garaigordobil, M., & Machimbarrena, J. M. (2017). Stress, competence, and parental educational styles in victims and aggressors of bullying and cyberbullying. *Psicothema*, 29(3), 335-340.
- Grewal, D., & Salovey, P. (2006). Inteligencia Emocional. *Mente y Cerebro*, 16(1), 10-20.

Isaza, L., & Henao, G. C. (2010). Social skills performance in two-and three-year-olds and its relationship with parental interaction styles. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 8(3), 1051-1076.

Isaza, L., & Henao, G.C. (2011). Relaciones entre el clima social familiar y el desempeño en habilidades sociales en niños y niñas entre dos y tres años de edad. *Acta Colombiana de Psicología*, 14(1), 19-30.

Isaza, L., & Henao, G.C. (2012). Actitudes-Estilos de enseñanza: Su relación con el rendimiento académico. *International Journal of Psychological Research*, 5(1), 133-141.

Jaramillo, J. M., Pérez, L., & González, K. A. (2013). Metas de socialización maternas: relación con edad, formación académica y zona habitacional. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 11(2), 719-739.

Jones, S., Eisenberg, N., Fabes, R. A., & MacKinnon, D. P. (2002). Parents' reactions to elementary school children's negative emotions: Relations to social and emotional functioning at school. *Merrill-Palmer Quarterly*, 48(2), 133-159.

Jones, T., & Prinz, R. (2005). Potential roles of parental self-efficacy in parent and child adjustment: A review. *Clinical Psychology Review*, 25(3), 341-363.

López, G., & Vesga, M. C. (2009). Interacción familiar y desarrollo emocional en niños y niñas. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*, 7(2), 785-802.

López, M. J., Casimiro, E., Quintana, J. C., & Chaves, M. L. (2009). Las Competencias Parentales en Contextos de Riesgo Psicosocial. *Intervención Psicosocial*, 18(2), 113-120.

López Jiménez, M. T., Barrera Villalpando, M. I., Cortés Sotres, J. F., Guines, M., & Jaime, M. (2011). Funcionamiento familiar, creencias e inteligencia emocional en pacientes con trastorno obsesivo-compulsivo y sus familiares. *Salud mental*, 34(2), 111-120.

Luján, A., & Acevedo, M. (2011). Estilo de comunicación, coerción y actividad en estudiantes de nivel secundaria. *Revista de psicología*, 13(2), 11-29.

Mangione, E.C., & Anglat, H. E. (2002). Asertividad. Su relación con los estilos educativos familiares. *Interdisciplinaria* 19(2), 119-140.

Martínez, R. A. (1996). *Familia y educación. Fundamentos teóricos y metodológicos*. Oviedo, España: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo.

Minuchin, S. (1989). *Técnicas de terapia familiar*. México DF: Paidós.

Montiel-Nava, C., Montiel-Barbero, I., & Peña, J. A. (2005). Clima familiar en el trastorno por déficit de atención-hiperactividad. *Psicología conductual*, 13(2), 297-310.

Moos, R. H., & Moos, B. S. (1981). Manual for the family environment scale. *Palo Alto, California: Consulting Psychologists Press*, 50, 33-56.

Moos, R.H., Moos, B.S., & Trickett, E.J. (1989). *Escala de Clima Social*. Adaptación Española. Madrid: TEA Ediciones. Fuente original: (Moos, R. (1979). *The Social Scale: An overview*. Palo Alto, California: Consulting Psychologists Press).

Musitu, G., Buelga, S., Lila, M., & Cava, M. J. (2001). *Familia y adolescencia*. Madrid, España: Síntesis.

Musitu, G., & García, F. (2004). Consecuencias de la socialización en la cultura española. *Psicothema*, 16(2), 288-293.

Nunes, M., Daiene, M., Ferrari, H. & Marín, F. J. (2012). Soporte social, familiar y autoconcepto: relación entre los constructos. *Psicología desde Caribe*, 29(1), 1-18.

Oliva, A., Parra, A., & Sánchez, I. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictores del ajuste emocional y conductual durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20(2), 225-242.

Olson, D. H. (1999). Circumplex model of marital and family systems: cohesion and adaptability dimensions, family types, and clinical applications. *Journal of Family Therapy*, 18(1), 3-27.

Páez, D., Fernández, I., Campos, M., Zubieta, E., & Casullo, M. (2006). Apego seguro, vínculos parentales, clima familiar e inteligencia emocional: socialización, regulación y bienestar. *Ansiedad y estrés*, 12(2), 329-341.

Parra, Á. & Oliva, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de Psicología*, 18(2), 215-231.

Parra, M. S., Aragón, S. R., Méndez, M. G., & Martínez, L. R. (2013). Estilos de comunicación como predictores del manejo de conflicto en el noviazgo. *Psicología Iberoamericana*, 22(1), 24-31.

Ramos, M. P., & Villalobos, J. A. (2009). Relaciones del conflicto padres-adolescentes con la flexibilidad familiar, comunicación y satisfacción marital. *Psicología y salud*, 19(1), 111-121.

Rodríguez Sabiote, C., Herrera Torres, L., Quiles, O. L., & Álvarez Rodríguez, J. (2008). El valor familiar en estudiantes universitarios de España: análisis y clasificación. *Enseñanza e investigación en psicología*, 13(2).

Romero, N. A. R., Guajardo, J. G., Guinea, D. V., & Alegría, M. L. (2013). Influencia de las habilidades emocionales, los estilos de comunicación y los estilos parentales sobre el clima familiar. *Revista de investigación y divulgación en Psicología y Logopedia*, 3(2), 2-7.

Sánchez Aragón, R. & Díaz Loving, R. (2003). Patrones y estilos de comunicación en la pareja: Diseño de un inventario. *Anales de Psicología, España, Servicio de publicaciones de la Universidad de Murcia*, 19(2), 257-277.

Tur-Porcar, A., Mestre, V., Samper, P., & Malonda, E. (2012). Crianza y agresividad de los menores: ¿Es diferente la influencia del padre y de la madre? *Psicothema*, 24(2), 284- 288.

Verdugo Lucero, J. C., Arguelles, J., Guzmán, J., Márquez, C., Montes, R., & Uribe, I. (2014). Influencia del clima familiar en el proceso de adaptación social del adolescente. *Psicología desde el Caribe*, 31(2), 207-222.